

Albert Poisson

TEORÍAS Y SÍMBOLOS DE LOS ALQUIMISTAS

LA GRAN OBRA

Seguida de un ensayo
sobre la bibliografía alquímica del siglo XIX

Obra decorada con 15 planchas
que representan 42 figuras



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Biblioteca esotérica

TEORÍAS Y SÍMBOLOS DE LOS ALQUIMISTAS

Albert Poisson

1.ª edición: octubre de 2021

Título original: *Théories et Symboles des Alchimistes*

Traducción: *Juli Peradejordi*

Diseño de cubierta y maquetación: *Isabel Estrada*

© 2021, David Aliaga, por el prólogo
(Reservados todos los derechos)

© 2021, Ediciones Obelisco, S. L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-712-4

Depósito Legal: B-9.527-2021

Printed in India

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

| | |
|---|-----------|
| Prólogo..... | 9 |
| Introducción..... | 21 |
| PRIMERA PARTE: LAS TEORÍAS DE LOS ALQUIMISTAS..... | 27 |
| Capítulo I..... | 29 |
| Capítulo II..... | 35 |
| Capítulo III..... | 43 |
| Capítulo IV..... | 49 |
| SEGUNDA PARTE: LOS SÍMBOLOS..... | 55 |
| Capítulo I..... | 57 |
| Capítulo II..... | 71 |
| Capítulo III..... | 75 |
| Capítulo IV..... | 87 |
| Capítulo V..... | 103 |
| Capítulo VI..... | 113 |
| Capítulo VII..... | 123 |
| Capítulo VIII..... | 135 |
| | |
| Diccionario de los símbolos herméticos..... | 141 |
| Tabla de los tratados citados en esta obra..... | 145 |
| Bibliografía alquímica del siglo XIX..... | 151 |

Prólogo

El atamor de Albert Poisson

«Ahora tú, hijo mío, ve a buscar al agricultor
y pregúntale cuál es la semilla y cuál es la cosecha».

Epístola de Isis sobre el Arte Sagrado

Si tuviese la habilidad de los grabadores, si tuviesen mis manos el talento de las de Durero, y me propusiese representar el estado de la Alquimia en nuestro tiempo, mis trazos darían forma a un andrógino cubierto por tres pesados mantos que ocultarían la belleza de su cuerpo y de su rostro. El adepto reconocería en seguida la alusión al Rebis, que remite al matrimonio alquímico entre los elementos –a menudo, el Mercurio y el Azufre–, y a su vez a la dualidad integrada en el Uno, al ideal de perfección inalcanzable. «Término latino formado por *res* y *bis*, que es tanto como decir una cosa doble queriendo inducirnos a buscar dos cosas, que no son dos, sino una sola cosa» nos explicó Phillip Rouillac en su *Compendio de la Gran Obra*. Este símbolo tradicional, fácilmente descifrable, aparecería cubierto por tres mantos. El menos visible, en contacto directo con la piel del hermafrodita representaría la discreción que siempre ha envuelto la desnudez de la Tradición de las miradas indiscretas o lascivas de los sopladores. Con los dos siguientes mi intención sería representar un par de elementos que han oculta-

do la sabiduría de los filósofos, para mal y para bien, en las últimas décadas: el descrédito del hermetismo y Fulcanelli.

El manto del descrédito probablemente requiere menos explicaciones. El proceso de laicización experimentado por Europa tras la Segunda Guerra Mundial, unido a la pujanza de planteamientos que desprecian lo espiritual frente a lo material, lo místico frente a lo tangible, ha hecho que en los fértiles campos en los que la Alquimia floreció espléndida durante el Renacimiento y hasta el siglo XVIII encontremos ahora avenidas asfaltadas con sus márgenes delimitados por comercios de todo tipo. Como si el hermetismo se opusiese al conocimiento científico o lo negase, como si no fuese su *corpus* un cajón de semillas en cuyo interior se halla lo que poco a poco van formulando la Química, la Física Teórica... A mi modo de ver, la ciencia observa, comprueba, y establece enunciados –temporales, en tanto que el conocimiento nunca es realmente fijo ni inmutable– expresando de forma legislativa y sistemática lo que disciplinas como la Alquimia habían comprendido anteriormente modo intuitivo y expresado de forma poética. Son dos formas posibles de relacionarse con la creación.

El antagonismo entre ambas disciplinas proviene probablemente del equívoco de definir la Alquimia como una ciencia. Si hace siglos lo fue, si fue el ave que incubó el huevo de la Química, esta consideración no sólo me resulta inoperativa, sino que en el siglo XXI es un lastre. De igual modo que Alan Moore lo propone para la Magia en *Ángeles fósiles*, deberíamos situar la Alquimia en las coordenadas del Arte. El Gran Arte, el Arte Real. De hecho, en nuestro tiempo, la reducción de la Alquimia a la definición que la consigna como protociencia suele ser la coartada que emplean sopladores con pocos escrúpulos para aprovecharse de aquellos cuya situación emocional los lleva a necesitar el prodigio, el Elixir de los Filósofos. Y no es la administración de *pedras filosofales* como placebo a lo que

me opondría, sino al lucro mediante la estafa sentimental. Curanderos que aseguran que pueden sanar con un ungüento de a 50 euros el tarro cumplirían una estimable función social de alivio de no ser porque lo hacen galopando a lomos el engaño hasta que la realidad los desenmascara y sus víctimas deben hacer frente al drama desnudo tras haber sido bruscamente descabalgadas de su esperanza o consuelo. En cambio, hay otra vía posible para la Gran Obra: la vía del Arte y de la Filosofía. O, expresado en términos masónicos, la reconversión de la disciplina operativa en especulativa.

La práctica de las operaciones de la Gran Obra como expresión artística le ofrece a la Alquimia un entorno inagotable de posibilidades, la abre al absoluto que observa el andrógino en el arcano del Loco en el Tarot Rider-Waite, elimina la exigencia de justificación o de resultados y, al mismo tiempo, sopla como un viento que se llevará por delante las barracas de feria y los tenderetes de los sopladores, arrasará con todo y dejará en pie únicamente infinitas formas de dialogar con la creación. No se trataría por tanto de acabar teniendo en la palma de la mano «un polvo rojo brillante, bastante pesado» en un sentido material, sino en el filosófico, de la misma manera que un iniciado en masonería no construye templos de piedra y mortero, sino éticos o espirituales.

El tercer manto de mi hipotético grabado, he escrito, sería una alegoría de la fama de Fulcanelli. Esta afirmación es más provocativa que la anterior. ¿Acaso Fulcanelli ha ocultado la Alquimia y la ha disfrazado? ¿La ha apartado de nuestra vista? No. Y sí. Los tratados firmados con su nombre, los escribiese quien (o quienes) los escribiese, no ocultan el conocimiento alquímico más que cualquier otro de su género. De hecho, son más claros que obras como *La turba de los filósofos*, incómoda incluso para los buenos conocedores de la Tradición. Sin embargo, la popularidad de Fulcanelli ha eclipsado la labor de

cualquier otro adepto posterior al siglo xvii. En combinación con el descrédito de las disciplinas herméticas, la atención que Fulcanelli ha merecido por parte de lectores y editores ha llevado a muchos interesados en la materia –incluso a algunos alquimistas, me atrevo a escribir– a no ser capaces de nombrar ningún otro adepto o tratado alquímico de los siglos xix, xx y xxi que no sean los de Fulcanelli.

Sólo a partir de la desatención y el menosprecio del que la Alquimia ha sido objeto, y de la atención que las masas han prestado a Fulcanelli –a menudo, como figura curiosa o exótica, como adorno esotérico– se explica lo poco conocidos que son autores como Albert Poisson.

Si uno conoce su historia y lee su obra, resulta imposible no sentir fascinación por Poisson. Nacido en París en 1869, fue un erudito romántico, de cuyo temprano fallecimiento tenemos noticia a través de la esquila escrita por Decrespe y publicada en el número de julio de 1894 de la revista *L'Initiation*. El texto lo reconoce como «*fratri alchemistae*» y nos explica que comenzó a «estudiar seriamente la Alquimia» en 1888, con 17 años, cuando «un libro que le llegó por casualidad despertó su espíritu». En aquel mismo año también había comenzado a estudiar Medicina.

Tristemente, Poisson había fallecido siete años después, a los 24. Sin embargo, tuvo tiempo de legarnos cinco interesantísimos libros sobre Alquimia en los que evidencia que a los 22 años ya había leído (y comprendido profundamente) todos los grandes tratados sobre la Gran Obra. ¡22 años! ¿Qué obras sobre Alquimia había leído yo a esa edad? ¿Qué autores me resultaban mínimamente familiares? Nicolás Flamel, Ramón Llull y Arnau de Vilanova, como mucho. ¿Había sido capaz de entender sus textos? Honestamente, estoy convencido de que no. En cambio, el jovencísimo Poisson no sólo cita hábilmente a D'Espagnet, Blaise de Vigenère, etc., y conecta sus ideas, sino

que es capaz de traducir los crípticos textos de los alquimistas a un lenguaje divulgativo a través del cual el lector menos experimentado pueda penetrar en su significado.

Ese parece el principal propósito de *Teorías y símbolos de los alquimistas*: desbrozar el camino para que los lectores profanos o recién iniciados puedan comenzar a transitarlo. Cuando lo escribe, Poisson debe de tener presente la sensación de extravío que sobreviene a quien sostiene por primera vez en las manos un tratado sobre la Gran Obra («¡Abrid uno de los venerables tratados herméticos del siglo xv o xvi y leed! Si no habéis realizado ningún estudio especial, si no habéis sido ya iniciados en la terminología alquímica, si, en definitivas cuentas, no gozáis de un cierto conocimiento de la química inorgánica, cerraréis rápidamente el volumen decepcionados y desanimados»). El propio Poisson nos explicará que el tono críptico y los equívocos que adoptan los alquimistas para escribir sus textos son una forma de proteger un conocimiento valioso y trascendente de aquellos que lo emplearían para el provecho personal. Nos contará también que ningún libro alquímico explica de principio a fin el proceso para lograr transmutar la Piedra Filosofal, sino que se ocupan únicamente de una parte, de nuevo, como medida de prevención.

Consagrada a ayudarnos a comprender las alegorías y metáforas a través de las cuales los adeptos velaban y develaban su saber, *Teorías y símbolos de los alquimistas* podría parecer entonces una obra indiscreta, impropia de un *frater alchemiae*. Pero, si bien el texto nos sirve de Piedra de Rosetta para aprender a leer buena parte de los grabados alquímicos, está lejos de su ambición conducirnos de forma rápida y directa a la consecución de la Gran Obra, ni lo promete. En todo caso, el libro de Poisson sirve como iniciación. El autor acoge al lector en su taller, lo toma como aprendiz, le muestra las herramientas y le habla sobre los maestros, lo guía para que pueda llevar a cabo

su propia búsqueda. Y esa incitación a la búsqueda se hace patente con la forma en que cierra su exposición: entrega un complejo pantáculo de Basilio Valentin para que el lector se emplee en descifrarlo a partir de lo que acaba de leer.

Aunque deleita al conocedor por la cantidad de referencias que contiene, por las vías de estudio y reflexión que abre a modo de citas textuales, se trata del libro ideal para que, como le sucedió a su autor a los 17 años, aquel que ha leído poco o nada sobre Alquimia sienta «despertar su espíritu». En contraposición a buena parte de las obras divulgativas sobre Alquimia que se han publicado en los últimos años, que suelen ser textos vacíos que enmascaran su intrascendencia y la falta de comprensión de la materia que aqueja a sus autores con un abigarramiento estilístico que sólo confunde y distrae, *Teorías y símbolos de los alquimistas* es el elegante resultado de destilar la erudición y la sabiduría con el propósito de hacer más sabio al lector, y espolear su curiosidad.

En poco más de 100 páginas, Poisson explica y pone en contexto los conceptos básicos con los que opera todo alquimista. Lo hace —en esto también se diferencia de los autores-sopladores— apoyándose en escritores y textos que van desde la Antigüedad hasta su tiempo. Para definir la Alquimia acude a Paracelso, Dionisio Zachaire, Roger Bacon...; si busca ayudarnos a comprender qué es el *alkaest* cita a Glauber; cuando nos hable de la palingenesia nos remitirá al *Mundus subterraneus* de Kircher, y su explicación de la unidad de la materia partirá del *Carro triunfante del Antimonio* de Basilio Valentin, por citar sólo algunos ejemplos. El Mercurio, el Azufre y la Sal, el Oro y la Plata, la Piedra Filosofal..., pero también otros menos popularizados y difundidos, como el «estómago de avestruz» de Filaleteo quedan explicados de forma clara en este volumen.

Poisson también se emplea en dar explicación de los procesos alquímicos que consignan distintos autores como pasos in-

termedios para la consecución de la Piedra Filosofal, e incluso sobre la preparación y las características de los artilugios, y las manías o precisiones de sabios como Bacon, que explica que el huevo de los filósofos debía ser: «ser redondo, con un cuello pequeño, de vidrio o de una tierra tan resistente como el vidrio», o Filaleteo, que añade que tenía que ser «lo bastante grande para contener una onza de agua destilada en la amplia capacidad de su barriga». Hasta este nivel de detalle desciende el autor parisino.

Precisamente por su amplio conocimiento de la Gran Obra y por su exposición sobre la forma en que los alquimistas conciben la unidad de la materia, sobresalta leer su enconada oposición al diálogo entre la Alquimia y la Cábala. Es el único punto de su discurso en el que Poisson hace sonar su propia voz para contradecir a algunos de sus predecesores que comprendieron la Gran Obra como una tarea «mística». A Basilio Valentín, Paracelso y John Dee les reprocha: «La Alquimia, ciencia de observación, no podía aprovechar para nada su alianza con la Cábala, ciencia puramente especulativa. La agregación de elementos extraños no debía sino volverla más oscura».

Estudiante de Medicina, Poisson defiende una noción operativa y científica de la Alquimia. Los argumentos del autor para oponerse a mezclar Alquimia y Cábala se cimientan en su comprensión como «ciencia de observación» de la primera, y de «puramente especulativa» de la segunda. Sin embargo, huelga decir que, si bien la erudición de Poisson en materia alquímica brilla en cada página de su ensayo, sus consideraciones sobre la Cábala denotan un desconocimiento de la materia, por otra parte, comprensible. El doctor John Dee, al que le reprocha que trenzase ambas tradiciones, había tenido que aprender hebreo para poder acceder a ese saber. A finales del siglo XIX, cuando vivió Poisson, las principales obras de la Cá-

bala no se habían traducido todavía al francés. De hecho, la primera edición del Zohar en lengua gala –la traducción de Jean de Pauly a partir de la versión latina de Pico della Mirandola– no se imprimió hasta principios del siglo xx.

Por otra parte, inconscientemente, debemos entender, el mismo Poisson señala cómo ambas tradiciones se ocupan de un mismo objeto y operan bajo la misma premisa fundamental: la existencia de Una realidad primera, lo previo incognoscible, lo que se halla más allá del confín de la ciencia, y es in-causado y causa de todo lo demás. A pesar de que explicita su resistencia a la vía mística, la naturaleza trascendental de la Alquimia que la emparenta con la mística judía subyace y emerge en su propia obra:

«En la base de la teoría hermética, se encuentra una gran ley: la unidad de la materia. La materia es una, pero puede tomar diversas formas y, bajo estas formas nuevas, combinarse con ella misma y producir nuevos cuerpos en número indefinido. Esta materia primera era llamada simiente, caos, sustancia universal. Sin entrar en más detalles, Basilio Valentin coloca como principio la unidad de la materia: ‘Todas las cosas vienen de una misma simiente, todas ellas han sido en el origen paridas por la misma madre’. (*Carro triunfal del Antimonio*). Sendivogius, más conocido bajo el nombre de El Cosmopolita, es más explícito en sus Cartas. ‘Los cristianos –dice él– creen que Dios había al comienzo creado una cierta materia primera... y de esta materia por vía de separación, han sido obtenidos cuerpos simples, que habiendo sido mezclados enseguida unos con otros, por vía de composición sirvieron para hacer lo que vemos... Hubo en la creación una especie de subordinación, de modo que los seres más simples han servido de principios para la composición de los siguientes y estos de otros’. Resume, finalmente, todo lo que acaba de decir en estas dos proposiciones: ‘A saber: 1.º la producción

de una materia primera a la cual nada ha precedido, 2.º la división de esta materia en elementos y finalmente por medio de estos elementos la fabricación y composición de los mixtos' ».

Esta genealogía de la noción de unidad de la materia que traza Poisson en el ámbito de la Alquimia –de hecho, uno de los pasajes más lúcidos e interesantes del libro– podría reproducirse a partir de fuentes cabalísticas como el *Séfer Yetzirah* y *El Zohar*.

Por otra parte, cuando Poisson glosa los objetivos secundarios de los filósofos herméticos apunta la creación de «seres animados», aunque es cierto que la idea parece disgustarle. La considera un acto que refleja el «orgullo» de adeptos que creyeron «poder igualarse a Dios». Cita a este respecto dos autores por los que, en otros pasajes, mostrará admiración: «según la leyenda, Alberto el Grande había construido un autómatas en madera, un androide al cual había dado la vida mediante potentes conjuros. Paracelso fue más lejos y pretendió crear un ser vivo en carne y hueso, el *homunculus*». Resulta complicado no ver los paralelismos entre el homúnculo paracelsiano y el gólem de los cabalistas. Paracelso o el rabino Judah Loew habrían empleado su conocimiento hermético para insuflar movimiento (¿vida?) a un cuerpo inicialmente desprovisto de espíritu.

Con todo, esta resistencia a tender puentes entre Cábala y Alquimia es uno de los pocos reproches que puede hacerse a un libro que es, por lo demás, excelente.

Por citar una más de las virtudes de la obra, haré notar la vasta pluralidad geográfica y cronológica de las numerosas fuentes que cita Poisson, hecho que refuerza la idea de una tradición perenne cuyos secretos se han transmitido de forma ininterrumpida y sin atender a fronteras, un saber que mana de una fuente previa al desgajamiento del ser humano en distintas

tribus, culturas o sociedades. Las tesis de los alquimistas se defienden en Poisson con argumentos que proceden de los filósofos anónimos de la Grecia clásica o del Egipto de los faraones, pensadores medievales como el siciliano Santo Tomás de Aquino, el mallorquín Ramón Llull o el francés Nicolás Flamel, y alquimistas modernos como el noble polaco conocido como El Cosmopolita o el químico auvernés Blaise de Vigenère, hasta llegar al propio Poisson. Es decir, que a partir de esta obra podemos afirmar por enésima vez aquello que uno de mis maestros expresaba de forma sencilla y brillante: lo confesional es semiótico y circunstancial, mientras que lo sagrado, como nos recordó Mircea Eliade, es estructural en el ser humano.

Teorías y símbolos de los alquimistas se completa con 15 planchas, sobre cuyos símbolos Poisson pone en práctica las lecturas que nos enseña a llevar a cabo con el pasar de las páginas. De la misma forma que realiza con las fuentes para clarificar los conceptos, nos muestra cómo los símbolos adquieren un significado más profundo y comunican un conocimiento más complejo al dialogar entre sí en grabados como los que extrae del *Viatorum spagyricum* de Jamshler o el *Crede mihi* de Norton. Ya nos ha explicado qué se halla en el sustrato de la figura del Rebis pero, ¿qué se nos comunica si se lo representa sosteniendo un cuervo y un cáliz del que asoman tres serpientes? O, ¿qué implica que se lo represente tumbado en un jardín delimitado por un muro de tres paredes? También a este respecto, Poisson ofrece herramientas al aprendiz al instruirlo en las formas gráficas de representación alquímica a partir de ejemplos sencillos, paradigmáticos, que permitirán al lector tener asideros para afrontar la lectura de obras más complejas, como el *Mutus liber*, en que el adepto transmite conocimiento únicamente a partir de ilustraciones.

En definitiva, la obra de Poisson es una iniciación en forma de texto, un itinerario bibliográfico por las lecturas que debe

acabar cubriendo el adepto del siglo XXI y la lección sobre los fundamentos de la Alquimia más completa que tiene a su disposición el lector en lengua española a fecha de 14 de agosto de 2020, cuando acabo de escribir estas líneas, en la localidad francesa de Ginoles, a mediodía en punto.

David Aliaga

Introducción

I.

La Alquimia es la ciencia más nebulosa que nos haya dejado la Edad Media. La Escolástica con su argumentación infinitamente sutil, la Teología con su fraseología ambigua, la Astrología tan amplia y tan complicada, no son más que juegos de niños, comparadas con la Alquimia.

¡Abrid uno de los venerables tratados herméticos del siglo xv o xvi y leed! Si no habéis realizado ningún estudio especial, si no habéis sido ya iniciados en la terminología alquímica, si, en definitivas cuentas, no gozáis de un cierto conocimiento de la química inorgánica, cerraréis rápidamente el volumen decepcionados y desanimados.

Algunos dirán que estas alegorías están vacías de sentido, que estos símbolos misteriosos son figuras hechas caprichosamente. Es fácil despreciar lo que no se entiende, y son poco numerosos aquellos que gustan de los desafíos y que aman el esfuerzo. Estos son los elegidos de la ciencia, pues tienen perseverancia, que es la primera virtud del sabio. Si un problema se presenta ante ellos, trabajarán sin descanso hasta encontrar la solución: el ilustre químico Dumas, partiendo de un hecho, ¡tardó diez años en descubrir la ley de las sustituciones!

Los tratados herméticos son oscuros, es verdad, pero, bajo esta oscuridad se oculta la luz. Una vez conocida la teoría alquímica, poseyendo la clave de los símbolos principales, se puede valientemente emprender la lectura de Ramon Llull,

Paracelso, Bernardo El Trevisano, Flamel, Roger Bacon, Ireneo Filaleteo. Lo que le parecía vacío de sentido, lo encontrará lógico, leerá como Mariette leía los jeroglíficos, experimentará un gran placer al descifrar por vosotros mismos este lenguaje desconocido, al caminar paso a paso, pero con seguridad, hacia la luz.

II.

Al igual que tantas otras ciencias, la Alquimia nació en el antiguo Egipto. Originariamente, el conocimiento estaba reservado a los sacerdotes y a algunos iniciados quienes no operaban sino con el mayor misterio en el silencio de los santuarios. Vino la conquista romana, los secretos isíacos pasaron al neoplatonismo y a los gnósticos. De esa época (siglo II y III de la era cristiana) datan verdaderamente los tratados alquímicos. Algunos nos han llegado bajo nombres como Ostanes, Pelagio, el pseudo Demócrito, Sinesio, Zósimo, Hermes, el Anónimo Cristiano, e incluso Cleopatra. Estos tratados donde el arte de hacer Oro se encuentra al lado de recetas metalúrgicas y económicas han sido estudiados y puestos al día por *monsieur* Berthelot en su *Introducción al estudio de la Química* y sobre todo en su *Colección de alquimistas griegos*. Se puede constatar que desde entonces la alquimia está constituida con todos sus accesorios, y que sus teorías atravesaron las edades sin cambiar hasta nuestro gran Lavoisier.

Más tarde, los bárbaros invaden Europa y las ciencias, las artes, las letras quedan muertas en occidente. Es en Oriente donde las volvemos a encontrar en manos de los árabes. Sus químicos, observadores pacientes y operadores hábiles, liberaron la ciencia de sus elementos extraños, magia, cábala, misti-

cismo. El más célebre entre ellos es sin lugar a dudas Geber, el primero en hablar del ácido nítrico y del Agua regia. Nos basta citar a su lado algunos nombres: Avicena, Rhasés, Alfidio, Callid, Morieno, Avenzoar.

Con los árabes terminan los comienzos de la Alquimia, que en lo sucesivo caminará a pasos agigantados hacia su apogeo.

De este modo, en la Europa desembarazada de los terrores del Año Mil, hubo una especie de Renacimiento (que se nos perdone este anacronismo). Las Cruzadas permitieron a Occidente adquirir la gloria y las ciencias. Lo máspreciado que trajeron los cruzados fueron las obras de Aristóteles y los tratados de los alquimistas árabes.

La Filosofía tomó un nuevo auge y la Alquimia contó en Europa con sus primeros grandes maestros: ¡Alain de Lille, Alberto el Grande, Roger Bacon, Santo Tomás de Aquino y Ramon Llull! La vía estaba ampliamente abierta, y no sólo a la Alquimia, sino a todas las ciencias de la observación: ¿Roger Bacon y Alberto el Grande no habían sustituido la experiencia por la autoridad de los antiguos?

Los alquimistas se multiplican sobre todo a finales del siglo xiv y del siglo xv: en Inglaterra, George Ripley, Bartolomeo; en Francia, Bernardo el Trevisano, el celeberrimo Nicolás Flamel; en Alemania, Eck de Sultzbach, Ulstadius, el abad Tritemo, Basilio Valentín, Isaac el Holandés.

III.

Con Basilio Valentín entramos en una era nueva, en que la alquimia tiende al misticismo y se alía de nuevo, como en sus orígenes, con la cábala y la magia y al mismo tiempo, aparece

la Química propiamente dicha que, poco a poco, se separa de su madre.

El representante más ilustre de la Alquimia del siglo xvi es Paracelso. Nunca un reformador fue más violento, nunca un hombre tuvo amigos tan entusiastas y enemigos tan encarnizados. Un volumen entero no bastaría para enumerar las obras de sus discípulos y los panfletos de sus detractores. Los paracelsistas más conocidos fueron Thurmeysser, Croll, Dorn, Roche-le-Baillis, Bernard Penot, Quercetanus y, sobre todo, Libavius. Los otros alquimistas de esta época, que no pertenecen a ninguna escuela, son el famoso Dionisio Zachaire, Blaise de Vigenère, Barnauld, Grosparmy, Vicot, Gastón Claves o Dulco, Kelley, Sendivogius o El Cosmopolita. Se puede poner junto a ellos a Juan Bautista Porta, el autor bien conocido de la *Magia natural* y de la *Fisiognomía humana*.

En el siglo xvii, la Alquimia se encuentra en todo su esplendor, los adeptos surcan Europa demostrando la verdad de la ciencia de Hermes por medio de transmutaciones realmente asombrosas. Verdaderos apóstoles que viven pobremente, se ocultan bajo una apariencia miserable, van por las grandes ciudades, y no se dirigen sino a los sabios; su único deseo es demostrar la verdad de la Alquimia por los hechos. Es así como Van Helmont, Bérigard de Pisa, Crosset de la Haumerie o Helvetius fueron convertidos a la Alquimia. El resultado fue alcanzado, la sed de Oro se apoderó del mundo entero: todos los conventos tenían un laboratorio, en compañía de los alquimistas a su servicio los príncipes y los reyes trabajaron en la Gran Obra, los médicos, sobre todo, y también los farmacéuticos se dedicaron al hermetismo. Al mismo tiempo, aparece la famosa sociedad de los rosacruces, sobre la cual no se sabe aún hoy nada de claramente cierto.

Los tratados de Alquimia que vieron la luz en el siglo xvii son innumerables, pero no hay un gran número a citar, salvo

los de Filaleteo, D'Espagnet y Michael Maier. En segundo lugar encontramos a Chartier, Nuysement, Colleson, d'Atremont, Salmon, Helias, Barchusen, Planiscampi, Saint Romain, etc.

IV.

En el siglo XVIII, la Alquimia se encuentra en plena decadencia; la Química, por el contrario, ha progresado y se ha constituido en ciencia, los descubrimientos se suceden, los hechos se amontonan. La Alquimia todavía tiene partidarios, pero se ocultan para trabajar, se los mira como insensatos. No hay más adeptos y nos contentamos con reimprimir tratados antiguos, o poner al día compilaciones sin valor alguno. Hay pocos nombres que citar: Pernety, Respour, Lenglet-Dufresnoy –autor de la *Historia de la filosofía hermética*–, Libois, Saint-Germain. La historia de la Alquimia en el siglo XVIII termina con dos charlatanes: Cagliostro y Etteila.

En nuestro siglo, la Alquimia parece muerta, no es sino una ciencia curiosa, interesante de conocer para la historia de la Química. Sólo encontramos dos alquimistas aferrados a la antigua doctrina: Cyliani y Cambriel. En cuanto a Tiffereau y a Louis Lucas, en realidad, se apoyan sobre la Química moderna para llegar a las mismas conclusiones que los alquimistas propiamente dichos. Porque los últimos descubrimientos de la ciencia tienden a demostrar la unidad de la materia y por consiguiente la posibilidad de la transmutación, lo cual es curioso. ¡Es verdad que Pitágoras ya había dicho positivamente que la Tierra gira alrededor del Sol y, después de dos mil años de error, Copérnico restableció esta vieja verdad!

V.

Hablemos ahora sobre este libro. Nos hemos esforzado en presentarlo lo más claramente posible, y aunque todas las cosas se encadenan en él rigurosamente como en una demostración, es necesario leerlo con atención y método. Los grabados han sido reproducidos por procedimientos fotostáticos y no dejan nada que desear en cuanto a su exactitud. Las numerosas citas que eran indispensables para apoyar lo que sostenemos han sido traducidas fielmente o, si estaban en francés antiguo, hemos conservado su ortografía.

Se encontrará al final del volumen un diccionario donde se resume el significado de los símbolos herméticos más comunes, una lista de los autores citados en este volumen y un ensayo sobre la bibliografía alquímica de nuestro siglo; en fin, una tabla analítica muy detallada.

Esta obra continúa una serie de estudios sobre la Alquimia, serie que habíamos comenzado por la publicación de *Cinco tratados de Alquimia*. Nos proponemos entregar sucesivamente, *Historia de la Alquimia desde la Antigüedad hasta nuestros días*, después un estudio sobre los laboratorios alquímicos, los instrumentos y las operaciones químicas de los filósofos herméticos.

ALBERT POISSON



PRIMERA PARTE

LAS TEORÍAS DE LOS ALQUIMISTAS



Capítulo I

Las teorías alquímicas – La unidad de la materia
– Los tres principios: azufre, mercurio, sal
o arsénico – La teoría de Artefius – Los cuatro
elementos

¿Qué es la Alquimia? Para nosotros no es sino una ciencia natural, madre de la Química. Pero los propios alquimistas, ¿cómo definían su ciencia? Paracelso dice: «La Alquimia es una ciencia que enseña a cambiar los metales de una especie en otra especie» (*El cielo de los filósofos*). Es la definición que dan la mayor parte de los alquimistas, así Dionisio Zachaire, en su *Opúsculo de la filosofía natural de los metales* dice: «Es una parte de la filosofía natural que muestra la manera de perfeccionar los metales en la Tierra, imitando a la naturaleza en sus operaciones, tanto como le sea posible». Roger Bacon, espíritu exacto, da una definición más precisa: «La Alquimia es la ciencia que enseña a preparar una cierta medicina o elixir que, proyectado sobre los metales imperfectos les comunica la perfección, en el momento mismo de la proyección» (*Espejo de la Alquimia*). Asimismo, «la Argiropoea y la Crisopoea es el arte que enseña a dar a la materia cercana al Oro y a la Plata, la forma de estos metales» (G. Claves: *Apologia chrisopaiae et argiropoetiae*). En el siglo XVIII, cuando la Química brillaba en todo su esplendor, fue necesario diferenciar las dos ciencias, y he aquí como habla de ello Dom Pernety: «La Química vulgar es el arte de

destruir los compuestos que la naturaleza ha formado, y la Química hermética es el arte de trabajar con la naturaleza para perfeccionarlos». (*Fábulas griegas y egipcias*).

Pero todos estos alquimistas no visualizaron sino la alta Alquimia. Había, en efecto, dos tipos de alquimistas: los sopladores, gentes desprovistas de teoría, que trabajaban a ciegas. Buscaban ciertamente la Piedra Filosofal, pero empíricamente, a trompicones, hacían Química industrial, fabricando jabones, falsas piedras preciosas, ácidos, aleaciones, colores; fueron ellos quienes dieron nacimiento a los químicos; fueron ellos quienes vendían por dinero el secreto de hacer Oro, charlatanes y tramposos, acuñaban moneda falsa; más de un soplador fue colgado en la horca dorada, suplicio reservado a esta especie de impostores. Por el contrario, los filósofos herméticos desdeñaban estos trabajos que calificaban de sofisticaciones, y se entregaban a la búsqueda de la Piedra Filosofal no por avaricia sino por amor a la ciencia. Tenían teorías especiales que no les permitían apartarse de ciertos límites en sus investigaciones.

Así, en la preparación de la Piedra Filosofal, no trabajaban sino sobre los metales y generalmente sobre los metales preciosos, en tanto que los sopladores hacían desfilar en sus alambiques los productos heteróclitos de los reinos vegetal, animal y mineral. Por lo tanto, los filósofos perseveran en la vía que se han trazado, sus doctrinas atraviesan intactas los siglos, mientras que los sopladores abandonan poco a poco investigaciones costosas y muy largas para ocuparse de cosas prosaicas, pero de mayores beneficios, poco a poco la Química se constituye en ciencia y se separa de la Alquimia.

No se puede resumir mejor el asunto sino citando un pasaje de la *Physica Subterranea* de Beccher: «Los falsos alquimistas no buscan sino hacer Oro, los verdaderos filósofos no desean sino la ciencia, los primeros no hacen sino tinturas, sofisticaciones, inepticias, los otros inquieren sobre los principios de las cosas».

Vamos ahora a examinar los problemas que los alquimistas se proponían resolver. El primero y el principal consistía en la preparación de un compuesto, denominado Elixir, Magisterio, Medicina, Piedra Filosófica o Filosofal, dotado de la propiedad de transmutar los metales ordinarios en Oro o en Plata. Se reconocían dos elixires, uno blanco que transmutaba los metales en Plata, y uno rojo que los transmutaba en Oro. Los alquimistas griegos conocían esta distinción de dos elixires, el primero blanqueaba los metales, λευζωσις, el segundo los amarilleaba, ξυθωσις, (véase Berthelot: *Orígenes de la Alquimia*). La Piedra Filosofal no tenía al comienzo más que un simple poder transmutatorio sobre los metales, pero más tarde los filósofos herméticos le reconocieron multitud de otras propiedades: producir piedras preciosas, diamantes, curar todas las enfermedades, prolongar la vida humana más allá de los límites ordinarios, dar al que la posee la ciencia infusa y el poder de dominar las potencias celestes, etc. Se encontrará este punto más desarrollado en la segunda parte de esta obra.

Los primeros alquimistas no tenían otro objetivo que la transmutación de los metales, pero más tarde se propusieron varios otros problemas. En su orgullo, creyeron poder igualarse a Dios y crear desde cero seres animados. Ya, según la leyenda, Alberto el Grande había construido un autómatas en madera, un androide al cual había dado la vida mediante potentes conjuros. Paracelso fue más lejos y pretendió crear un ser vivo en carne y hueso, el *homunculus*. Se encuentra en su tratado *De natura rerum (Paracelsi opera omnia medico chimico chirurgica, tomo II)* el modo de proceder. En un recipiente se colocan diferentes productos animales que con razón no nombraremos; para el éxito de la operación son necesarias las influencias favorables de los planetas, así como un calor moderado. Pronto un ligero vapor se eleva en el recipiente, toma poco a poco la forma humana, la pequeña criatura se agita, habla... El *homuncu-*

lus ha nacido. Paracelso indica con gran seriedad el provecho que se le puede sacar y la manera de alimentarlo.

Los alquimistas también buscaban el *alkaest* o disolvente universal. Este líquido sería capaz de disolver todos los cuerpos que se sumergieran en él. Los unos creyeron verlo en la potasa cáustica, otros en el Agua regia, Glauber en su Sal admirable (sulfato de sodio). Pero se habían olvidado de algo, el *alkaest* que lo disuelve todo habría atacado el vaso que lo contenía. Pero como no hay hipótesis tan falsa que no permita descubrir alguna verdad, buscando el *alkaest* los alquimistas descubrieron varios cuerpos nuevos.

La palingenesia puede, como concepto, estar cerca del *homunculus*. Esta palabra significa resurrección. Era, en efecto, una operación por la cual se reconstituía un arbusto, una flor, con sus solas cenizas. Kircher en su *Mundus subterraneus* ha indicado la manera de hacer renacer una flor de sus cenizas.

Los alquimistas intentaron también recoger el *Spiritus mundi*, el espíritu del mundo. Esta sustancia propagada en el Aire, saturada de influencias planetarias, poseía una multitud de propiedades maravillosas, particularmente la de disolver el Oro. La buscaban en el rocío, en *flos caelis* o *nostoc*, especie de criptógamo, que aparece después de las grandes lluvias: «La lluvia del equinoccio me sirve de instrumento para hacer salir de la Tierra el *flos coelis* o el maná universal que quiero recoger para hacerla corromper, a fin de separar milagrosamente un Agua que es la verdadera fuente de Juvencio que disuelve el Oro radicalmente» (de Respour, *Curiosas experiencias sobre el espíritu mineral*).

El problema de la Quintaesencia era más racional, se trataba de extraer las partes más activas de cada cuerpo: el resultado inmediato fue el perfeccionamiento de los procedimientos destilatorios.

En fin, los alquimistas buscaban el Oro potable. Según ellos, al ser el Oro un cuerpo perfecto, debía ser un remedio enérgico que comunicara al organismo una resistencia considerable de toda especie de enfermedades. Unos utilizaban una solución de cloruro de Oro, como se puede ver por el pasaje siguiente: «Si se vierte Agua abundantemente en esta solución y se pone allí estaño, plomo, hierro o bismuto, el Oro al ser precipitado, tiene por costumbre ligarse al metal. Y tan pronto como se remueva el Agua, el Oro precipitado que parece un barro turbio se reúne en el Agua» (Glauber: *La medicina universal*).

Pero generalmente los empíricos, bajo el nombre de Oro potable, vendían bastante caro cualquier líquido que ofreciera un hermoso color amarillo, especialmente la solución de percloruro de hierro.

Como hemos visto, a los alquimistas no les faltaban temas para ejercer su paciencia: pero al abandonar los problemas secundarios, en su gran mayoría no perseguían sino la realización de la Gran Obra. La mayor parte de los tratados herméticos no hablan más que de la Piedra Filosofal, por lo tanto, no examinaremos sino este único punto, sin ocuparnos más de los problemas de segundo orden que, por lo demás, no aparecen sino bien tarde en la historia de la Alquimia, y que fueron sometidos a una multitud de variaciones, modificando cada uno el problema o dándole una solución diferente.